

# Japón y Occidente a través del arte

Manuel Revuelta González

*La fascinación que ha producido en los últimos años el cine nipón alcanza también a otras parcelas del arte japonés, que nos ayudan a conocer mejor la cultura de ese gran pueblo, fiel a sus tradiciones y al mismo tiempo abierto a los contactos exteriores. En estos momentos en que estrechan los vínculos de Europa con Extremo Oriente, cuando los turistas japoneses invaden nuestros museos y la tecnología del Sol Naciente conquista todos los mercados, resulta muy oportuna la publicación de una obra dedicada al arte oriental: «Japón y Occidente» y nadie mejor que García Gutiérrez, un especialista con carisma de comunicador, para introducirnos en los valores del arte japonés.*

Fernando García Gutiérrez ha sido misionero en Japón durante 14 años (1956-1970) y profesor de Historia del Arte Oriental en la Universidad Sofía de Tokio. En España ha continuado sus investigaciones artísticas, bien acreditadas en numerosas publicaciones, en la asistencia a congresos internacionales y en los reconocimientos a sus méritos científicos, como la cruz de la «Orden del Tesoro Sagrado con distintivo de Rayos dorados y roseta», que le concedió el Emperador del Japón en 1993. Hace unos años comenzó a publicar una trilogía dedicada al arte japonés, que ha concluido con un tercer tomo publicado este año de 2008<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> FERNANDO GARCÍA GUTIÉRREZ, *Japón y Occidente. Influencias recíprocas en el arte. Japón y Occidente II. La arquitectura japonesa vista desde Occidente. Japón y Occidente III. El arte de Japón. Lo sagrado, lo caballeresco y otros temas*, Guadalquivir Ediciones, Sevilla, 1990, 2001 y 2008, pp. 245, 259 y 258.

### Temas, estilos y artistas

La obra que presentamos no es un tratado sistemático del arte japonés, como el que escribió el autor en el volumen 21 de la *Summa Artis*, que en 1999 había alcanzado nueve ediciones. Aquí se nos brinda una selección de temas desde enfoques distintos, como los indicados en los subtítulos: las influencias recíprocas de Japón y Occidente en el arte (tomo I), la arquitectura (tomo II) y las claves interpretativas, entre las que destacan lo religioso y lo caballeresco (tomo III). Los tomos II y III llevan prólogos del arquitecto Ramón Queiro y de la profesora Elena Barnés, respectivamente.

Los tres tomos presentan una estructura uniforme: tras una introducción, sigue un mosaico de 20 capítulos en el tomo primero, 13 en el segundo, y otros 13 en el tercero; 46 en total. Son artículos bien contruidos, no muy largos, que se leen con gusto, animados con multitud de detalles curiosos, anécdotas y textos expresivos, e ilustrados con abundantes fotografías, imprescindibles en todo libro sobre arte. Al final de cada tema se ofrecen notas bibliográficas seleccionadas. El tomo II añade, además, una bibliografía general. La lista de los 14 períodos del arte del Japón, que se pone al final del tomo I, es una referencia útil para familiarizarse con nombres y cronologías que resultan extrañas al lector europeo. Cada tomo se remata con el correspondiente índice de nombres.

En este conjunto de 46 capítulos hay variedad de estilos y enfoques. Algunos capítulos presentan síntesis de carácter general, que unas veces desarrollan un tema a lo largo de toda la historia (el simbolismo cromático, por ejemplo), y otras se centran en los aspectos artísticos de un período determinado, como el período Heian (794-1185); el de Momoyama (1573-1616), época de esplendor que se continúa en el largo período de Edo (1615-1868), al que siguen los tiempos de apertura del emperador Meiji, que dan paso a los tres últimos períodos artísticos hasta el momento presente.

Otros capítulos se centran en estudios temáticos sobre determinados elementos artísticos. La pintura se estudia fijándose en sus cualidades (como el color) o en sus variedades de expresión (tumbas, rollos, retratos, estilos decorativos, grabados, paisajes, paraísos o infiernos). Se atiende también a la escultura, que alcanzó gran esplendor y realismo en los siglos XII y XIII, aunque posteriormente decae. La arquitectura se estudia a fondo en el tomo II, tanto en sus caracteres habituales (inmersión en la naturaleza y fusión con los jardines) como en los distintos modelos constructivos (viviendas, templos, castillos, palacios, mausoleos, casas de té, iglesias, etc.). Las artes menores son objeto de especial atención, en artículos dedicados a cerámicas, lacas, biombos, abanicos, caretas, espadas y otros objetos, sin olvidar la caligrafía que a

menudo formaba unidad artística con la pintura.

La obra contiene importantes artículos dedicados a movimientos o corrientes culturales, en los que se analizan las influencias exteriores llegadas de China, Corea y Occidente, y los influjos religiosos sucesivos, desde el shintoísmo originario hasta las corrientes espirituales procedentes de fuera, como el budismo que aparece en el siglo VI, la espiritualidad Zen que se deja sentir desde el siglo XII y la presencia cristiana que se inicia en 1542 con el arribo de la primera nave portuguesa y se afianza en 1549 con la llegada de San Francisco Javier.

Son muy interesantes los capítulos dedicados a los artistas más destacados que demuestran, a través de sus obras, la envergadura y originalidad del arte japonés. Son artistas equiparables a los genios del arte universal, aunque nos resultan menos conocidos. El autor dedica sabrosos apartados al monje budista Genshin, que en el siglo X pintó inspiradas imágenes de Amida (Buda), al escultor Unkei, que creó escuela entre los siglos XI y XII, a Sesshu, otro monje pintor del siglo XV, cuyos cuadros, inspirados en la ascética Zen, pueden compararse con los de Fra Angelico por su delicadeza y espiritualidad, y a Sengai (1750-1837), un santo budista que alcanzó una simplicidad asombrosa en un cuadro abstracto del Universo, expresado con un círculo, un triángulo y un cuadrado.

Este catálogo de pintores budistas se completa con artículos dedicados a otros artistas notables. En plena edad media se destaca el grupo de las refinadas damas de la corte imperial del período Heian (siglos X y XI), que cultivaban la literatura, la música y la pintura. Entre ellas se encuentra Murasaki Shikibu (975-1031), la más alta creadora de la prosa narrativa de la literatura japonesa en su novela *Historia del príncipe Genji*, cuyas aventuras se pintaron en papeles enrollados («emakimonos») de extraordinaria originalidad y calidad artística. Más tarde, entre los siglos XVI y XVII, aparece Koetsu, un artista que creó escuela y ha sido comparado con Leonardo da Vinci por sus habilidades polifacéticas, pues se destacó como pintor, ceramista, calígrafo y decorador, al servicio de una clientela nueva de comerciantes que buscaban sosiego en las casas de té y se recreaban en la contemplación del arte decorativo.

A medida que nos acercamos a la época contemporánea los artistas van siendo más numerosos. No podía faltar un capítulo dedicado al genial pintor Hokusai (1760-1849), autor de dibujos que recuerdan, por su vivacidad, a Rembrandt y Goya, y de álbumes con vistas del monte Fujiyama, que demuestran su capacidad para interpretar el mismo paisaje en multitud de formas. A partir de entonces el arte japonés deja sentir su impronta en Europa, de la que recibe, a su vez, inspiraciones que asimila sin perder su sello original. La apertu-

ra al exterior propiciada por el Emperador Meiji (1868) y el cosmopolitismo artístico del siglo XX ha producido la eclosión de numerosos artistas japoneses, muchos de ellos de renombre universal.

El autor recuerda a los principales pintores, escultores y arquitectos contemporáneos, y describe sus obras principales. Ante un panorama artístico tan rico no es extraño que el autor

---

*la carta de identidad del arte japonés, consiste en la conexión con la naturaleza, la sencillez y simplicidad, la tendencia a las formas decorativas, y la facilidad para asimilar estilos*

---

exprese a menudo su admiración por la temprana aparición de algunas obras maestras, por la maestría de los artistas o por los signos de identidad de un arte singular.

### **Naturaleza, sencillez y formas decorativas del arte japonés**

La riqueza de detalles de la obra que presentamos nos obliga a seleccionar algunos aspectos más destacables de la misma, que ayudan a comprender me-

por la identidad del arte japonés. El autor ha desarrollado con acierto estos tres aspectos: las características generales del arte japonés, la ambientación histórica que, en momentos determinados, ayuda comprender estilos y corrientes, y el intercambio cultural, que ha permitido la asimilación artística procedente del exterior y la irradiación del propio arte hacia afuera.

Las características del arte japonés son aludidas con frecuencia en el momento oportuno, aunque se exponen de manera general en el capítulo primero del tomo I. Es un acierto ofrecer, de entrada, la carta de identidad del arte japonés, pues de ese modo el lector asimila, desde el principio, unas categorías estéticas que va encontrar a cada paso. El autor las resume en cuatro: la conexión con la naturaleza, la sencillez y simplicidad, la tendencia a las formas decorativas, y la facilidad para asimilar estilos.

Acaso la primera de estas características sea la más importante. El tratamiento de la naturaleza se realiza de manera diferente en los artistas de Oriente y Occidente. Los europeos cultivan un arte antropocéntrico, en el que el hombre es protagonista y la naturaleza se utiliza como un telón de fondo que se reproduce de manera realista. Los artistas orientales, por el contrario, y los japoneses de manera especial, destacan la primacía de la naturaleza, que todo lo llena, de la que el hombre depende, en unidad espiritual con ella.

La naturaleza espiritualizada no necesita ser copiada tal como es, sino evocada tal como se siente, y por eso se representa con líneas esbozadas o con formas abstractas. El shintoísmo contemplaba una naturaleza animista, en la que cada cosa —el lago, la piedra, el árbol— poseía un espíritu que le infundía valor religioso. Sobre estos fundamentos el budismo de la secta Zen añadirá tres conceptos que dejarán huellas profundas en el arte: el «sabi» (soledad) prefiere la naturaleza desnuda de los jardines con árboles y rocas; el «wabi» (pobreza) se goza en la vida sencilla, sin distracciones, a la que invitan las casas de té, donde todo es natural y escueto; el «Shibui» (aspereza) valora las cosas de cada día, como la taza de té.

La naturaleza espiritualizada, según esos principios, llevará a la sencillez o simplicidad esencial del arte japonés, con tendencia a la abstracción. Es una cualidad tan persistente que, cuando aparecen formas complicadas, se consideran como excepciones que confirman la regla.

La simplicidad no se contradice con otra característica del arte japonés, que es la tendencia a las formas decorativas, que se repite en muchas épocas históricas, y se acentúa en los tiempos feudales de los siglos XVI al XVIII. El afán decorativo ocupó a multitud de artistas que decoraban biombos, paredes, colgantes, cajas, cerámicas e instrumentos. Los fondos dorados, los colores brillantes, la com-

posición y el diseño produjeron piezas magistrales que llamaban la atención por su simplicidad y armonía.

La cuarta cualidad del arte japonés consiste en su habilidad para asimilar estilos y tendencias. Gran parte del libro se ocupa en este asunto, como luego diremos.

### **Un arte encajado en la historia, penetrado de ideales religiosos y caballerescos**

Este catálogo de características artísticas se completa con la ambientación histórica de cada período artístico. El autor suele comenzar algunos capítulos con una introducción histórica, en la que se narran los acontecimientos más importantes, las luchas por el poder y los personajes que lo detentan, los estilos de vida que rigen las aficiones de las clases sociales, y los influjos ideológicos y religiosos que condicionan las creaciones culturales y artísticas. La recreación de estos ambientes históricos es un acierto, porque encajan perfectamente con las manifestaciones artísticas de cada momento. Al igual que en el tomo I se comienza con una introducción artística, en el III se ofrecen, al principio, unas ambientaciones de carácter general: «Lo sagrado en el arte japonés» (pp. 19-37), y «El mundo caballeresco en Japón y su reflejo en el arte» (pp. 39-51). Son dos buenas introducciones históricas para explicar dos coordenadas inseparables del arte japonés: lo sagrado y lo caballeresco.

El shintoísmo autóctono, con sus espacios sagrados, domina un período de mil años, con templos de madera que, como el de Ise, se sustituyen cada 25 años desde el siglo VII. El budismo llega en el siglo VI, con sus templos cercados, donde las pagodas sostienen, sobre el mismo eje, el cielo, la tierra y las regiones infernales, y simbolizan, con sus cinco pisos, los cinco elementos de la cosmogonía budista. La secta Zen, introducida en el siglo XII, difunde el espíritu de simplicidad y pobreza al que antes aludimos, que persiste como una constante del arte japonés. Las tendencias a la abstracción y las delicias del paraíso budista, donde las figuras empiezan a sonreír, contrastan, sin embargo, con los tormentos de los ocho infiernos, que los bonzos pintaban con fantasía exuberante para alejar a las almas del camino de perdición. Estas pinturas realistas y moralizantes, con sus toques de humor y de terror, se adelantan tres siglos a las fantasías del pintor flamenco Jerónimo Bosch, el Bosco.

A estos influjos religiosos se añadieron, desde la Edad Media, unas tendencias de carácter más político y profano, que eran vividas con gran intensidad. El feudalismo desataba luchas terribles entre los poderosos señores de la tierra (daymios), mientras el emperador permanecía recluido en su corte como símbolo religioso de la nación. Ya en el siglo XIII la nación estaba decidida a resistir hasta la muerte la invasión extranjera, cuando la armada del Khan fue destruida por un «kamikaze» o

viento divino. Y en el siglo XVI alcanzaba esplendor y unidad en el período Momoyama (1573-1616), cuando Hideyoshi, después de arrasar a sus enemigos a sangre y fuego, se proclamaba «shogun» convirtiéndose de hecho en jefe militar supremo.

Este mundo caballeresco, violento y refinado, se sostenía gracias al valor y la fidelidad de los «samurais», los nobles guerreros que se regían por un código de honor («bushido»). Las virtudes caballerescas se convertían en norma de vida: educación, honor, espada, valor, veracidad, lealtad hasta la muerte. Símbolo de aquel espíritu caballeresco era la «katana» o espada, compañera inseparable del samurai, objeto sagrado, pedazo de su alma. El sentido de disciplina, educación, sacrificio, respeto a las formas y otras cualidades que hoy distinguen a los japoneses son, según algunos, marcas indelebles del «bushido».

El influjo caballeresco ha dejado su impronta en el arte, tanto en la demanda de los servicios requeridos por la clase señorial, como en el espíritu que infundía su modo de ser. «Durante este tiempo de conquista y consolidación, en que la nación japonesa llegó a estar unificada bajo un solo jefe, la arquitectura militar fue de una gran importancia» (t. III, p. 120). Los grandes señores feudales y los comerciantes enriquecidos formaron una clientela que pedía la creación de grandes castillos y palacios, decorados con retratos militares y obras artísticas dignas de su rango.



Entre las innovaciones del momento aparecen las grandes pinturas murales de fondo dorado para los castillos-palacios, mientras las casas de té, camufladas en jardines silenciosos, se convertían en rincones pacíficos para el descanso del guerrero. Las cualidades propias del espíritu samurai no se limitan al período Momoyama, pues el espíritu caballeresco surge antes y persiste después en muchas obras de arte.

### Asimilación e intercambio de estilos

La asimilación artística, por último, es otra de las claves que el autor pone de relieve en su obra. Los estilos exteriores se interpretaron desde los valores tradicionales, mientras éstos eran asumidos por algunos artistas europeos. Las influencias fueron mutuas y los intercambios resultaron fecundos. Aparte de los influjos budistas, el autor se ha fijado en dos influencias bien asimiladas: la del arte cristiano en los siglos XVI y XVII, y la del arte contemporáneo, desde la apertura del país en 1868.

El arte del «siglo cristiano» recibe en Japón el nombre de estilo «Namban» (estilo de los bárbaros del sur). La llegada de los europeos supuso un gran impacto y el cristianismo fue recibido con un entusiasmo que sólo pudo detener la prohibición de 1614, seguida de una feroz persecución.

La pintura del arte Namban se expresa en tres modalidades: imágenes cris-

tianas, escenas de género y vistas de las grandes ciudades del mundo. Las imágenes religiosas eran instrumentos imprescindibles para la evangelización y catequesis. Los jesuitas fundaron colegios e imprentas, y enseñaron a los japoneses las técnicas de la pintura occidental. Las imágenes de Cristo y de la Virgen y los grabados de esce-

---

*la pintura japonesa supuso  
una revelación para los  
impresionistas franceses y sus  
seguidores, pues encontraron  
una manera nueva de ver  
el mundo y de aprehender  
la realidad*

---

nas evangélicas llegaban de Europa a millares, pero resultaban insuficientes. Por eso empezaron a pintarse en Japón, copiando los cuadros con fidelidad asombrosa, y sobre todo recreándolos al estilo japonés, con sus pigmentos, colorido y detallismo.

Son pocos los cuadros que quedan, debido a la persecución, pero se conservan piezas deliciosas, como el cuadro de la Virgen rodeada por 15 escenas de los misterios del rosario, el retrato de Javier o la representación de los mártires. Las escenas de género, pintadas en biombos, son muy apreciadas, pues describen con detalle las grandes naves portuguesas, los co-

merciantes y navegantes de grandes narices, y los misioneros con sotanas negras, delante de unas iglesias de tres pisos, al estilo del país.

El interés de los japoneses por un mundo hasta entonces desconocido se muestra en las pinturas que reproducían los mapas y las grandes ciudades del mundo. Los modelos se tomaban de libros como *Theatrum Orbis*, o *Civitates Orbis Terrarum*, cuyas vistas se copiaban con exceso de fantasía. La ciudad de Sevilla, puerta de dos mundos, aparece en todas las series. El autor dedica un capítulo muy erudito a las relaciones culturales entre Sevilla y Japón y su manifestación en el arte (t. III, pp. 159-175).

El segundo gran momento de asimilación artística se produce a lo largo de toda la época contemporánea, desde finales del siglo XIX. La pintura japonesa supuso una revelación para los impresionistas franceses y sus seguidores, pues encontraron una manera nueva de ver el mundo y de aprehender la realidad, una nueva forma de usar el color, la composición y las formas.

En la arquitectura los influjos mutuos han sido, si cabe, más importantes, especialmente en la segunda mitad del siglo XX. La arquitectura occidental asumía del Japón la «interpenetración» entre la naturaleza circundante y el interior de las construcciones, la simplicidad de los materiales, la sencillez y armonía de unos edificios he-

chos a escala humana para las necesidades de cada día. Hoy existe una pléyade de arquitectos japoneses que juntan las técnicas más avanzadas con la tradición.

La arquitectura religiosa es la que mejor se presta a la asimilación, por el carácter simbólico de las creencias. En el libro se ofrecen interesantes ejemplos de arquitectura religiosa actual, entre los que destacan algunos templos católicos. Quedan muy lejos las viejas iglesias neogóticas. Hoy puede hablarse de un arte cristiano japonés, con obras de arquitectura, pintura y escultura genuinamente japonesas. El autor ofrece un lucido muestrario de estas obras. Un equipo de arquitectos ha construido la Iglesia de San Ignacio de Tokio, donde se combinan los estilos de Oriente y Occidente, en una armonía de cemento, acero, ladrillo y vidrio, bajo la luz que desciende tamizada desde la flor de loto. El famoso arquitecto Ando Tadao, sin ser cristiano, ha sabido captar los símbolos cristianos en la capilla de Monte Rekko, y en las iglesitas de la luz y sobre el agua.

Un elenco de pintores cristianos japoneses ha creado cuadros llenos de unción y misticismo. El autor nos da los nombres de trece artistas actuales, y reproduce sus cuadros maravillosos, esencialmente cristianos y radicalmente japoneses. Es indudable que, en la segunda mitad del siglo XX, se ha realizado «un renacimiento del arte cristiano japonés, de signo enteramente original» (t. III, p. 231). ■